

Lo que nos dejó el olvido

Ya no existen parámetros para medir la violencia. Mientras que los calendarios progresan, las sociedades involucionan en todo sentido. ¿Hasta qué punto lo que hacemos nos define? Luego de analizar nuestra sociedad machista, enumerar los hechos de violencia y hacernos eco de los debates, ¿Hacia dónde vamos?



Por: Agustina Alvarez Di Mauro
Santiago Amilcar Travaglio
Publicada: 21 de enero del 2020

Es posible que no encontremos respuestas al centenar de interrogantes que nos plantean las sociedades modernas. No caben dudas de que las escaladas de violencia tengan clarificada su causa, pero ello no implica tener resuelta su consecuencia ni mucho menos su solución.

Quienes nacimos a finales de los 90' fuimos criadxs en un proceso de transición. Una fuerte polarización entre clases sociales y un paquete de sesgos culturales propios de una comunidad que excluía al otro, fueron las bases con las que empezamos a ver el mundo.

Tal es así que muchos de nosotrxs fuimos educadxs en grupos humanos caracterizados por la reproducción de micro-violencias normalizadas. Algunxs podrán decirnos "sociedades realmente machistas eran las de antes", pero la realidad nos muestra que a pesar de no ser verdad, el problema no se encuentra allí sino en la forma en la que transitamos este proceso de cambio.

En los últimos días ha sido noticia recurrente, no sin mérito, el acontecimiento sucedido en Villa Gesell que desencadenó en el homicidio de un joven, causado por un grupo de rugbiers a la salida de un boliche. Este hecho, ha vuelto a sentar en la sociedad una discusión de larga data tal como había pasado en casos anteriores

también caracterizados por su matriz violenta y su comisión por jugadores de dicho deporte. Para brindar cierto marco analítico, podemos enumerar algunas situaciones que se han hecho públicas en estos últimos años:

- A mediados del 2016, un joven de 26 años sufrió una fractura de cráneo y edema menor en el cerebro producto de un enfrentamiento con un grupo de rugbiers (link: https://tn.com.ar/policiales/se-nego-pelear-con-un-grupo-de-rugbiers-pero-le-pegaron-traicion_707855);
- En septiembre de 2016, un joven de 18 años quedó en terapia intensiva debido a un ataque sufrido por un grupo de diez rugbiers dentro de un boliche (link: <https://www.infobae.com/sociedad/2016/10/05/un-chico-de-18-anos-fue-atacado-por-una-patota-de-rugbiers-y-esta-en-terapia-intensiva/>);
- A finales del mencionado año, cinco jugadores atacaron a dos personas, dejando inconsciente a una de ellas (link: https://tn.com.ar/policiales/un-grupo-de-rugbiers-de-olivos-volvio-golpear-un-joven-hasta-dejarlo-inconsciente_761313).
- En febrero de 2018, en la localidad de Monte Hermoso, un joven de 17 años padeció una hemorragia en el cráneo producto de un brutal ataque de varios rugbiers, luego de que intentara evitar una pelea callejera (link: <https://www.infobae.com/sociedad/policiales/2018/02/13/video-rugbiers-atacaron-a-un-joven-por-la-espalda-y-le-provocaron-una-hemorragia-en-el-craneo/>);
- A principios del 2018, trascendió que una joven grabó a su novio rugbier de 35 años mientras la golpeaba (link: <https://www.perfil.com/noticias/sociedad/video-filmo-a-su-novio-rugbier-mientras-le-pegaba-y-lo-denuncio.phtml>);
- A mediados del 2019, un conocido rugbier fue detenido tras ser acusado de ocasionar agresiones brutales a su hija de 13 años mediante la utilización de su cinturón (link: https://tn.com.ar/policiales/detuvieron-un-rugbier-de-san-juan-por-una-brutal-golpiza-con-cinturonazos-su-hija-de-13-anos_999754);
- En diciembre de 2019, en Santiago del Estero, condenaron por homicidio preterintencional a 3 años de prisión en suspenso a dos rugbiers por haber matado a golpes un joven de 25 años (link: <http://www.nuevodiarioweb.com.ar/noticias/2019/12/27/224109-condenaron-a-rugbiers-que-causaron-la-muerte-a-un-joven>);
- A fines del 2019, se hizo “viral” el caso de “Tomás Vidal”, un rugbier que se recibió de “Licenciado en Comercio Exterior” y, como festejo, se disfrazó como una mujer víctima de femicidio ironizándola, a través de carteles y una bolsa de consorcio (link: <https://jornadaonline.com/contenidos/215287>);
- A principios del 2020, una joven descubrió que fue filmada, sin su consentimiento, por un rugbier mientras mantenían relaciones sexuales, cuyos videos fueron viralizados también por él (link: <https://www.infobae.com/sociedad/policiales/2020/01/15/una-joven-descubrio-que-un-grupo-de-rugbiers-compartia-fotos-intimas-de-chicas-sin-consentimiento-los-expuso-en-las-redes-y-el-club-los-suspendio/>)

Podemos quedarnos con estos lamentables sucesos, cargados de víctimas fatales y dolor inexplicable o mirar más allá de lo que algunos pretenden. ¿Qué nos sucede? ¿Qué nos pasa cuando observamos cada uno de los videos? ¿Qué sentimos al escuchar cada relato o historia de vida que se esconde detrás de la violencia?

En algunas personas, lo sucedido constituye más muestras de lo mismo: la cultura hetero-patriarcal que nos define. En ésta, todo varón que rechaza poseer aquello que se asimila a la “femeneidad”, es considerado

adepto de la “masculinidad hegemónica”. En palabras de Raewyn Connell, la masculinidad hegemónica está compuesta de prácticas que mantienen la figura del “varón prototípico” y, para confirmarlo, no hay mejor opción que analizar la definición del hombre estadounidense “que no tiene que avergonzarse de nada” según Erving Goffman (“joven, casado, blanco, urbano, heterosexual norteamericano, padre protestante de educación universitaria, empleado a tiempo completo, de buen aspecto, peso y altura, con un récord reciente en deportes”).

Si bien parece ser inútil o aparentemente superfluo, es necesario seguir explicando (véase <https://twitter.com/AgustinLaje/status/1218998761231454214>) que nuestra cultura machista también oprime al varón que no encaja en la masculinidad hegemónica. Que varones cisgénero hayan asesinado a otro varón, no implica que no tenga vínculo con el patriarcado que nos identifica como sociedad.

Históricamente el deporte, como conducta corporal y social, ha sido atribuido directamente a lo masculino (varón/fortaleza, hembra/fragilidad). El rugby no es la excepción: se constituye como un espacio que durante muchos años fue configurado “por y para” hombres cis. Al igual que en otros ámbitos, aquí ha nacido lo que Rita Segato llama la “ideología del macho”, como aquella que hace pensar al hombre que si no demuestra su virilidad y no tiene el atributo de algún tipo de violencia, entonces no es una persona digna de respeto.

Esto se impregna como una modalidad para afrontar las diferentes acciones y reacciones que los atraviesan a lo largo de su vida. Tampoco puede ser ajeno aceptar que, a través de distintos medios, se ha creado en la figura del “macho rugbier” un estereotipo que se basa en varones violentos, con buena vestimenta, siempre en grupos grandes (con complicidad en sus actos), adictos a reforzar su masculinidad (por ejemplo, con esteroides anabólicos), “mujeriegos” y con una heterosexualidad reprimida (ver el rol publicitario aquí: <https://twitter.com/luisguerri/status/1219364076821925889>). Estas circunstancias, sumadas a las semejanzas con los hechos sumamente violentos que ocasionan en la realidad, nos llevan a referirnos indefectiblemente al deporte que practican.

El rugby, aunque también aplicable a otros deportes como el boxeo, se desarrolla en base a la fuerza empleada en el campo de juego y contra el oponente a fines de llegar al destino: sumar puntos para ganar. Es una práctica que fundamentalmente hace uso de la violencia física, siendo importante que los jugadores entiendan que sólo es legítimo usarla dentro de la cancha y no fuera de ella, por ejemplo, para dirimir una discusión.

¿Qué se observa en este caso en particular? Un grupo numeroso de jóvenes que, por el mero hecho de ser una “cantidad”, adquieren la potencia necesaria para reaccionar violentamente ante una situación. Algo que hemos dicho se reitera: nadie del grupo optó por reducir la violencia, remendar su conducta o actuar en consecuencia, sino más bien todo lo contrario (“para demostrar que soy un verdadero macho hago uso de mi fuerza”, soslayando que, en los códigos machistas, no está bien visto ser diez contra uno).

Para otro grupo de personas, esta situación despierta un debate casi patente de nuestro país. Pueden decirse dos cosas absolutamente diferentes: 1) “si hubiera sido morochito hoy hablarían de la vuelta de la colimba y la pena de muerte” (véase <https://twitter.com/maurobrissio/status/1219223305481281541>); o 2) “les molesta cuando el delito lo comete alguien de clase alta, si es pobre al asesino lo victimizan (ver <https://twitter.com/miltonfriedomm/status/1219027724284481536>).

En particular, hemos de entender que en estos hechos confluyen numerosos elementos a tener en cuenta, todos igualmente importantes. Lo primero que hay que destacar es el contexto en el que estamos inmersos: una sociedad consumida por la violencia –no sólo física, sino también fundamentalmente simbólica–, que parece únicamente genera hechos semejantes. Basta con denotar que la eventual respuesta ante un acontecimiento de esta magnitud, marcado por violencia, es la aplicación de más violencia (como nuestra frase típica: “hay que matarlos a todos”; “si no hay condena que haya muerte”).

Algo de todo esto nos sirve para avanzar: ya no estamos (o eso queremos creer) ante una postura propia de aquél positivismo criminológico de Lombroso, Garofalo y Ferri que determinaban que, entre otros caracteres biológicos, el delincuente se caracterizaba por ser pobre. Existen delitos que son cometidos por personas que tienen todo tipo de necesidad satisfecha, tal como decía Edwin Sutherland con sus “delitos de cuello blanco”. Esto puede generar cierta desesperación, ya que muchxs pierden su espacio de comodidad y se ven obligadxs a reconocer que el comportamiento criminal no tiene origen en el nivel económico o socio-cultural del autor en cuestión.

En definitiva y, como ya hemos afirmado, existen muchos factores que influyen en la reiteración de este tipo de comportamientos: sociedades violentas; culturas machistas; “valores” reservados para algunos en desmedro de otros; “factores de clase/poder”; entre otros.

Estamos ante un nuevo homicidio (o como algunos prefieren llamarlo, “fallecimiento”, ver <https://twitter.com/unionargentina/status/1218722889337397255>) que dejó a una familia, novia y amigos frente a un vacío insuperable. Estamos ante la búsqueda de respuestas, pero sin olvidar que no podemos reducir la situación a la búsqueda de un “factor culpable”. Si es por ello, terminaríamos responsabilizando al deporte, a los “adolescentes que vienen más violentos” (cuando ellos mismos son educados por adultos, en contextos similares), al alcohol (cuando no siempre se encuentra como causa presente; aunque puede ser así <https://twitter.com/infobae/status/1219688610884018177>); o al Estado.

Quizá, y sólo quizá, la culpa es de todxs por aceptar, ser cómplices, reproducir, promover o incluso desentenderse de lo que nos pasa. Mucho de esto, es lo que nos dejó el olvido. Por eso, ahora, ¿Hacia dónde vamos?